

“MUTUALIDAD” Y CONSTITUCIÓN DEL PSIQUISMO. CONTRIBUCIONES METAPSICOLÓGICAS DE SÁNDOR FERENCZI.

Carlos Alberto Castillo Mendoza*

RESUMEN

Este trabajo se propone hacer un esbozo de las contribuciones metapsicológicas de Sandor Ferenczi centradas en las implicaciones de la noción de “mutualidad” tal como se construye en su Diario clínico de 1932. Se considera que esta noción permite dar cuenta de una visión sugerente e innovadora de la construcción del psiquismo llevando hasta sus últimas consecuencias la consideración de la significación del otro en dicho proceso. El punto de partida para el desarrollo del argumento se centra en la alta significación del eje “vivencia de satisfacción” - “unidad dual” respecto a la génesis de la huella de la “mutualidad”. A partir de ahí, y en relación con las derivas de la misma, se abordan tres cuestiones: el trauma en sus implicaciones metapsicológicas y psico-patológicas; las pulsiones de vida y de muerte como resultante de la acción de los otros significativos; por último, aspectos puntuales sobre la configuración intersubjetiva del inconsciente.

Descriptor: Ferenczi, Metapsicología. Mutualidad, Vivencia de Satisfacción, Otro, Trauma, Pulsión de Vida, Pulsión de Muerte, Inconsciente, Intersubjetividad

ABSTRACT

This work intends to make a sketch of Sandor Ferenczi's metapsychological contributions on the implications of the notion of “mutuality” as it is articulated in his Clinical Diary of 1932. It is considered that this notion allows for a suggestive and innovative vision of the construction of the psyche taking to its ultimate consequences the consideration of the significance of the other in that process. The starting point for the development of the argument focuses on the high significance of the axis “experience of satisfaction” - “dual unity” regarding the genesis of the “mutuality” footprint. Hence, and taking into account the drifts of mutuality, three issues arise: the trauma in its metapsychological and psychopathological implications; life and death drives as resulting from the action of significant others; and, finally, specific aspects of the intersubjective configuration of the unconscious.

Key Words: Ferenczi, Metapsychology, Mutuality, Experience of Satisfaction, Other, Trauma, Life and Death Drives, Unconscious, Intersubjectivity.

“[...] pensar el pensamiento de otro -único modo de rendirle homenaje y de reconocer su valor- da lugar a un trabajo que nunca reproduce algo idéntico”. (Aulagnier, 1975, p. 176).

INTRODUCCIÓN

En este escrito me propongo presentar un esbozo de los fundamentos metapsicológicos subyacentes al problemático y fallido experimento del “análisis mutuo” llevado a cabo por Ferenczi (1932). Tales fundamentos no se articularon en un texto específico, sino que se encuentran desperdigados en sus anotaciones de los años 30¹; pero hay también antecedentes en trabajos anteriores, especialmente artículos que van de mediados de los años 20 en adelante.

El punto de partida ha sido un recorrido detallado por la experiencia del “análisis mutuo”. Recordemos a Elisabeth Severn (R.N.) cuando propone a Ferenczi (cf. 1932; Acedo, 2008b; Jiménez Avello, 2006) modificar las condiciones del encuadre transformándose en analizando dispuesto a ser analizado por su analizanda. Tal propuesta deriva de que R.N. consideraba que el estancamiento de su proceso analítico se debía a que en Ferenczi había obstáculos que dificultaban su disposición a ayudarla; argumentaba que gracias a su propuesta esto se solventaría y, a partir de ahí, se podría volver a las posiciones convencionales. No sin fuertes reservas Ferenczi accedió, pero, consciente de los riesgos que implicaba, fijó una serie de condiciones y estableció una periódica evaluación de los resultados. La consecuencia fue que, a los seis meses, dio por concluido el experimento dejando sin embargo constancia detallada, en su Diario clínico, de sus objetivos, funcionamiento, logros y límites (Castillo Mendoza, 2011; Jiménez Avello, 2006; Jiménez y Genovés, 1998).

Ahora bien, el fracaso con el experimento del “análisis mutuo” no dejó de aportarle un aprendizaje clínico, técnico y metapsicológico que la vida no le dio tiempo a elaborar. Sobre algunos de estos aspectos, en concreto los metapsicológicos, quisiera tratar aquí tomándome la libertad de intentar esbozar una sistemática a partir de lo que Ferenczi apenas dejó apuntado. El eje de este esbozo gira en torno a algunos aportes relacionados con la construcción y el desarrollo del psiquismo. Propongo condensar esta cuestión en la noción de “mutualidad”: entiendo que esta remite, sobre todo, a una dimensión central referida al núcleo constitutivo de lo intrapsíquico. A partir de aquí, prestaré atención a la incidencia, en la vida psíquica, de las diversas derivas de la “mutualidad” partiendo de la doble y articulada cuestión de la “vivencia de satisfacción” y la “unidad dual”.

VIVENCIA DE SATISFACCIÓN Y UNIDAD DUAL

En relación con la dinámica ontogenética sin duda resulta crucial el eje constituido por la “vivencia de satisfacción” y la “unidad originaria” o “unidad dual”.

Para Freud (1895), la “*vivencia de satisfacción* [...] tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo” (p. 363) las cuales terminarán por articularse en la conformación de su “sistema psíquico” (1911, p. 225, nota 8), siendo clave para ello el “*auxilio ajeno* [...] [aportado por] un individuo experimentado” (1895, p. 362)². En virtud de esta “vivencia”, se despliega todo un conjunto de procesos entramados: ligazón con el objeto, constitución de las dinámicas deseantes, formación de los rudimentos del pensamiento, transformación del soma en cuerpo erógeno, etc. (1895; 1900; 1925; Rodulfo, 1992). Podemos considerar, sin duda, que estamos ante “una piedra angular en la construcción metapsicológica freudiana ya que plantea [de manera central] la cuestión de la inscripción mnémica del encuentro [relacional] con el objeto” (Golse, en De Mijolla, 2002b, p. 1385) por parte del sujeto en construcción.

Esta vivencia será sin duda fundamental para la conformación de la “unidad originaria” (Ferenczi, 1932, p.164) o “unidad dual” (Hermann, 1943); entidad significativa que “se refiere a un período en que madre e hijo habrían vivido inseparables, en la unidad redoblada de su completud respectiva” (Abraham y Torok, 1987, pp. 314-315). Esta “relación originaria con la madre” (Ferenczi, 1932, p. 125) en la que el “sentimiento maternal del que el niño goza, [que implica] también una suerte de regresión de la madre al estado infantil” (id. p. 92), le abisma en la “profundidad materna” (id. p. 113) donde, en virtud de la vivencia profunda de la “ternura original” (id. p. 178) que le introduce “impulsos de vida positivos” (1929b, p. 90) y gracias a la “empatía [materna] con el psiquismo infantil” (1926, p.457) que logra mantener “un nivel constante de la

demanda y la satisfacción” (Abraham y Torok, 1987, p. 315), el niño experimenta y adquiere “los elementos básicos que constituyen las aspiraciones primarias libidinosas de saciedad de los deseos” (Ferenczi, 1909, p. 118) en el contexto de esa “tierna relación madre-hijo” (id., 1931, p. 115).

Ahora bien, esta situación de origen en que “la vida normal comienza [...] por un amor de objeto pasivo” (Ferenczi, 1932, p. 263), “el niño [goza] de la ternura [...] sin contrapartida” (id. p.p. 91-92) y “ser amado [...] es [su] estado emocional natural” (id. p. 125); en definitiva, esta situación de “amor primario” (cf. Balint, 1967, p.p. 82-91; Ferenczi, 1924, p. 321), se verá profundamente modificada cuando una determinada necesidad insatisfecha provoque la emergencia “forzada” del “amor objetal”, con toda su constelación de implicaciones psíquicas entramadas en los procesos dialécticos de introyección/proyección, dentro/fuera y presencia/ausencia, al hilo de los cuales se van sucediendo, en compleja articulación, las diferentes fases del desarrollo libidinal y del sentido de realidad que dan cuenta de la configuración del sujeto.

Aquí hay que llamar la atención sobre algo obvio, pero que no se suele significar: de origen, y aunque fenoménicamente pudiera dar otra impresión, el niño no es un ente monádico; tanto en la fase de “amor primario” como en el tránsito a la de “amor objetal”, y en todo cuanto de aquí se sigue, es crucial la presencia activa de otros y no sólo de la madre (sin negar su significatividad). Entre esos otros que entran en juego, quisiera llamar la atención sobre el padre (Sechi, 2008) y su eventual lugar respecto a la “unidad dual”; y no me refiero sólo al papel que juega en su disolución edípica, sino al que tiene en el momento constituyente en tanto componente de la constelación objetal primaria: “los progenitores” (Freud, 1923, p. 33, nota 9; 1911, p. 225, nota 8), donde funciona como algo más que el imprescindible soporte del “cuerpo a cuerpo” que viven el niño y la madre.

Para solventar el riesgo de idílicas consideraciones, es preciso señalar que la intersubjetividad entre los componentes de la paradójica “unidad dual” es disimétrica: la “madre” tiene un psiquismo “desarrollado” mientras que el *infans* está en construcción (desde una situación de desvalimiento dada su condición de prematuridad). El niño convoca y tensiona dinámicas psíquicas de la “madre” que no sólo le afectan, sino que inciden en su vínculo con el “causante” de las mismas; y, en medio de todo esto, las fronteras entre ternura y pasión resultan problemáticas y abren múltiples interrogantes e imprevisibles derivas.

Pues bien, esta unidad, “con sus diversos momentos y estados, constituye [...] el principio último de inteligibilidad que rige los hechos metapsicológicos, tanto en su funcionamiento como en su génesis” (Abraham y Torok, 1987, p. 314), por ello es necesario insistir en la “necesidad de introducir la unidad dual en la metapsicología” (id. p. 343) de modo articulado con la cuestión de la “vivencia de satisfacción”. En consecuencia con todo esto, es preciso decir que el eje “vivencia-unidad” resulta un componente clave de las tramas que concurren a la configuración del núcleo de la subjetividad del sujeto. Dicho de modo más preciso, lo que este eje implica conlleva una serie de precipitados representacionales (tanto afectivos como de otra índole) que, en compleja articulación, coadyuvan a la construcción de un psiquismo que tiene como su punto axial la huella fundante de un vínculo.

LA HUELLA DE LA “MUTUALIDAD”. LA INTROYECCIÓN PRIMARIA

Hemos de interrogarnos por la deriva intrapsíquica de todo esto. La misma supone una tramitación por la cual lo extrapsíquico se procesa como intrapsíquico merced a la acción estructurante de la “madre”, de manera tal que lo que se juega en el eje vivencia-unidad “es enterrado en lo más profundo del Ello” (Bernard, 1999) pasando a ser su componente esencial. Todo lo cual conlleva, para los implicados en este vínculo originario, la generación en un caso, y su activación en otro, de la huella de la “mutualidad”, huella psíquica del “amor primario”, como rasgo constitutivo de la intersubjetividad fundante de lo intrapsíquico.

Esto supone que “la primera producción de representación que se forma en el sujeto humano -la alucinación del pecho- es la marca o la huella que deja un proto-vínculo en el psiquismo en formación y que corresponde [al] período de la unidad dual” (Benhaim, 2011). Por tanto, se puede afirmar que “la primera unidad de medida del psiquismo que emerge no es la representación de un objeto, sino la de un vínculo” (Bernard, 1999). En consecuencia, y “como resultado identificatorio de [la introyección en juego], se

reproducen en el ámbito intrapsíquico, *un repertorio de estructuras vinculares* incluidas en una dimensión espacial de exquisita significación afectiva [...]. Lo que se incorpora entonces [...] no son objetos aislados sino *estructuras vinculares* que se definen por un sujeto [en construcción], un objeto [‘construido’] y sus mutuas interrelaciones” (Arbiser, 2001, p. 109). Así pues, “la imagen de la primera fantasía es la de la unidad dual; y constituirá el modelo último de todo vínculo que el sujeto humano intente establecer de allí en más” (Bernard, 1999) porque la estructura vincular intrapsíquica, la “mutualidad”³, sirve al desarrollo y la complejización de la intersubjetividad⁴.

La deriva intrapsíquica del eje “vivencia-unidad” posibilita, como una de las concreciones centrales de la “mutualidad” aludida, lo que Ferenczi denomina “atributo común” (1932, p.p. 39-40, 44). Dicho “atributo” tiene dos dimensiones: una que puede caracterizarse como *fenomenológica* (p. ej.: compartir traumatismos infantiles semejantes) y otra que podría denominarse *metapsicológica* en tanto se refiere a las huellas intrapsíquicas de nudos claves comunes surgidos en la construcción intersubjetiva del psiquismo⁵. En este último sentido, el “atributo común” implica una de las más significativas huellas derivadas del eje “vivencia-unidad” así como de la tramitación necesariamente “traumática” de su caída.

Señalemos, por lo demás, que todo esto se activa en el “flujo mutuo” (1932, p. 36) que existe en lo que Ferenczi denomina “diálogo de inconscientes”. Considera que “los inconscientes de dos personas se compenetran perfectamente” (1915, p. 222) y eso es debido a que “el *Icc* de un hombre puede reaccionar, esquivando la *Cc*, sobre el *Icc* de otro” (Freud, 1915, p. 191). Según Ferenczi, “cuando dos personas se encuentran [...] se produce un intercambio de montos de afectos no solamente conscientes, sino también inconscientes” (1932, p. 127) y esto último se produce porque “todo hombre posee en su inconsciente propio un instrumento con el que es capaz de interpretar las exteriorizaciones de lo inconsciente en otro” (Freud, 1913, p. 340).

¿Y cuál es este instrumento del que habla Freud? Quiero pensar que Ferenczi respondería que el mismo se construye en torno a, o a propósito de, la “mutualidad”: tal vez tenga que ver con lo que denomina el “atributo común” que resulta clave en lo que hace a la “simpatía” y la “empatía” con su incidencia en algunos de los ámbitos donde ese diálogo se activa: el “conocimiento intersubjetivo”, la “participación intersubjetiva” y “la capacidad intersubjetiva de *reconocimiento*” (Drozek, 2010).

Aparte de lo dicho, el “sentido sustancial” del referido “flujo mutuo” sostiene también la posibilidad del vínculo y lo que conlleva para el psiquismo: permite el reconocimiento que refuerza la personalidad, potencia la autoestima y facilita la consecución y mantenimiento de la integración (cf. Ferenczi, 1930; 1931; 1932). Esta concurrencia resultará fundamental para que el psiquismo del niño y, en última instancia el conjunto de su personalidad, pueda estar en condiciones de configurarse y desplegarse adecuadamente merced a la “sustancia adhesiva” (1932, p. 36) que aporta el “amor recíproco” (id. p. 185) como exteriorización activa de la “mutualidad” y del “atributo común” que implican, en este escenario, una combinación de resonancia y diferencia en el proceso de desarrollo de los Sujetos (Benjamin, 1988, p. 41).

En cuanto se viene diciendo en estos dos primeros apartados, hay algo que resulta fundamental: la introyección. Se trata de “un proceso primario organizador de la psique” (Sabourin, en De Mijolla, 2002a, p. 695) que comienza prácticamente con el nacimiento, al producirse la tramitación de la huella de la “vivencia de satisfacción”, y se constituye en un operador clave en relación con la dinámica psíquica abierta con el eje “vivencia-unidad” y en orden, entre otros aspectos, a la metabolización intrapsíquica de la “mutualidad”.

Siguiendo a Ferenczi podríamos decir que estamos ante una “introyección primaria” (1909, p. 108) provocada por el encuentro inaugural, a la postre frustrante, con la realidad. Esta introyección “sería el equivalente a la primera internalización de los primitivos objetos de relación infantil (madre y padre) y, de forma más primitiva aún, del pecho de la madre [...]. El niño establece sus primeros contactos con estos objetos de la realidad externa y, por razones dinámicas [...], internaliza [...] dichos objetos o, mejor dicho, las correspondientes *representaciones* de tales objetos” (Villamarzo, 2002, p. 155).

En esta operación entran en juego dos dimensiones, extensión de los intereses autoeróticos y ensanchamiento del Yo por medio de la inclusión del objeto, cuya dinámica configura dos circuitos que están, a la par, articulados y en tensión: el narcisístico y el pulsional. Ambos, dimensiones y circuitos,

se despliegan en dos etapas: en la primera, la introyección aparece como defensa primitiva frente a las ansiedades que anticipan la eventual caída de la experiencia “monista” del eje vivencia-unidad; en la segunda, la introyección surge ante una suerte de vacío representacional que activa una radical necesidad económica frente a energías libremente flotantes que dificultarían la vida psíquica en el caso de no salir al encuentro de objetos exteriores a los que ligarse (Ferenczi, 1912; 1909; Jiménez y Genovés, 1998; Verztman y Pacheco, 2011).

Surgen aquí algunos interrogantes: ¿qué es lo que se introyecta en todo este entramado?, ¿cuál es el resultado? La introyección busca restablecer un determinado vínculo con el mundo exterior por la vía de su inclusión “para hacerlo objeto de fantasías” (Ferenczi, 1909, p. 107) y recuperar un equilibrio económico interior que habría sido perturbado. Esto termina por producir el desdoblamiento del objeto en externo e interno; pero no es éste, en y por sí, lo que se busca introyectar, sino una determinada relación con él, y en virtud de su trama relacional, lo que conlleva internalizar sus pulsiones, sus representaciones, sus contenidos transgeneracionales, su inconsciente para, en definitiva, conformar el propio psiquismo en su peculiaridad relacional⁶. Ahora bien, para que todo esto acontezca, es fundamental el papel mediador del objeto, la “madre”, quien ha de ayudar al niño en ese proceso desplegando su función objetalizadora para que la inclusión y lo incluido se procesen con razonable serenidad y sin que generen conflictos insuperables. Hay que señalar que este proceso, que dé inicio es constructivo y evolutivo, se puede quebrar si el objeto obstaculiza, por exceso o defecto, la tramitación en juego avocando a introyecciones malignas claramente patógenas. (Jiménez y Genovés, 1998, p.68-70, Abraham y Torok, 1987, pp. 117, 121, 213, 216, 225; Villamarzo, 2002, p.155)

TRAUMA Y “MUTUALIDAD”

Ferenczi llevó a cabo una profunda reevaluación del “factor traumático” (1933, p. 139), no sólo como hecho clínico -considerándolo agente patógeno central y fundamento etiológico básico-, sino sobre todo como clave metapsicológica que le permitirá, al generalizarlo como constitutivo del psiquismo, esbozar una nueva teoría sobre su configuración y dinamismo. En esta distinción podemos apuntar lo siguiente: la vertiente etiológica de lo traumático permite hablar de la existencia de traumas patógenos (son aquellos que desestructuran lo intrapsíquico afectando negativamente la continuidad y la entidad de la “mutualidad” constitutiva), mientras que su vertiente metapsicológica permite señalar la existencia de traumas psicogenéticos (se trata de aquellos que propician una construcción y activación constante de la “mutualidad” en orden a la estructuración dinámica del aparato psíquico).

En lo que hace a lo psicogenético del trauma, a su incidencia constitutiva y constituyente de lo psíquico, hemos de tener en cuenta dos cuestiones ya planteadas y que tienen una estrecha relación. Por un lado, lo dicho a propósito de la disimetría existente en la intersubjetividad originaria: desvalimiento, desarrollo desigual, etc. Por otro, el referido tránsito del “amor primario” al “amor objeto” conlleva simultáneamente tanto la activación del deseo secreto que añora el imposible *Eros* originario de la articulación entre “vivencia de satisfacción” y “unidad originaria” como la necesaria tramitación “traumática” de su caída. Pues bien, ambas cuestiones abocan a la inevitabilidad de una “confusión de lenguas” que instala lo traumático desde la situación ontogenética de partida⁷. Los riesgos que ello implica podrán ser contrarrestados porque, en virtud de la acción estructurante de la “madre”, la construcción intrapsíquica de un vínculo intersubjetivo, la huella de la “mutualidad”, posibilitará que lo intrapsíquico pueda elaborar lo extrapsíquico, lo mismo que mociones internas, en un sentido progresivo, lo cual supone un proceso de complejización y desarrollo del propio psiquismo. Ahora bien, en el caso de que los riesgos en juego no tuvieran la contención y deriva aludidas, entramos claramente en la vía de lo patógeno al ponerse en cuestión el proceso constitutivo del sujeto.

Respecto a lo patógeno hemos de señalar que la experiencia clínica lleva a Ferenczi a dar cuenta de modificaciones sustanciales en la naturaleza, modo de funcionamiento y ámbito de incidencia de lo traumático. En cuanto a su naturaleza, el trauma no es sólo del orden de la seducción sexual, sino que hace también a diversas situaciones relacionales en las que se expresan modalidades diversas de disrupción

tanática. En cuanto a su modo de funcionamiento, el trauma opera en dos tiempos: no tiene que ver sólo con lo que, dadas determinadas condiciones relacionales asimétricas, sucede en la interacción, y trasciende en lo intrasubjetivo, sino sobre todo con lo que no sucede, con lo que se silencia, con el agresivo desmentido que bloquea el inicio y/o desarrollo de procesos psíquicos fundamentales, y que es ejecutado por los sujetos-objetos primarios o sus “representantes”. En lo que respecta al campo de incidencia de lo traumático, decir que sin duda la sexualidad está concernida, pero también lo narcisista en la medida en que el yo se ve profunda y radicalmente afectado en su entidad. Y a todo esto se han de añadir las alteraciones sufridas en el cuerpo con significativos efectos psicósomáticos⁸.

De las consecuencias que la articulación de estos parámetros tiene sobre la vida de los sujetos afectados por el trauma, quisiera subrayar lo que sigue: un nudo central de la radical negatividad que lo traumático conlleva, gira en torno a los efectos derivados de las distorsiones que inciden sobre la “mutualidad” fundante de lo intrapsíquico. Es decir, cuando por la acción de fuerzas exteriores traumatizantes se ve afectado el “atributo común” que sostiene el “flujo mutuo”, el sujeto queda abocado a la búsqueda de salidas de carácter “autoplástico” como la de la “complementariedad”⁹, esa falsa mutualidad que subyace, por ejemplo, a la “identificación con el agresor” (Ferenczi, 1933, p. 145; cf. Frankel, 2002; Jiménez Avello, 2006). Ésta se presenta como un recurso que, de inicio, parece funcionar como coyuntural apoyo del psiquismo pero, a la postre, termina convirtiéndose en coadyuvante radical de su profunda desestructuración, con el agravante de que por vía introyectiva, con la “intropresión”¹⁰ (Ferenczi, 1930-32a, p. 353) como mecanismo clave, el agresor “desaparece en tanto realidad externa, y se vuelve intrapsíquico” (Ferenczi, 1933, p. 145) quedando inconscientizado como “trasplante extraño” (Ferenczi, 193, p. 123) con su constelación de efectos psíquicos negativos, en concreto el fracaso estructural, intrapsíquico y relacional del sujeto.

Todo esto da pie a pensar en una “tópica del traumatismo” (Jiménez Avello, 2006, p. 166). En primer lugar, por efecto de lo traumático en el sujeto, respecto al “Ello” Ferenczi realzará “la vertiente somática, corporal: el Ello se enraíza en, o más bien es, el propio cuerpo” (id.: 170; cf. Ferenczi, 1924, p. 373; 1932, p. 281). En cuanto al “Yo”, aparecerá como una instancia empobrecida, claramente deficitaria, lugar del desconocimiento y de la neutralización de capacidades pulsionales innatas del *infans* (cf. Ferenczi, 1930-32b, p. 276), lo que obviamente cuestiona cualquier intento de primarlo como clave del análisis (cf. Ferenczi a Freud: 26-XII-1929). Por último, en esa tópica, el “Superyó” es delimitado con una serie de adjetivaciones¹¹ que, en definitiva, lo “muestran [...] como el lugar intrapsíquico ocupado por el agresor, por la voluntad extraña del agresor [...] [constituido] en Superyó” (Jiménez Avello, 2006, p.p. 174-175).

Ahora bien, esa ocupación, en el caso de un sujeto gravemente traumatizado, hace que llegue “finalmente [...] a un tipo de personalidad constituido únicamente por el Ello y el Superyó” (Ferenczi, 1933, p. 146). Es decir, a una personalidad escindida, fragmentada, atomizada, etc.; expresiones todas estas que dan cuenta de la defensa paradójica que es la desintegración psíquica de los sujetos afectados por el trauma¹². Así, “a la escisión ‘horizontal’, a la represión neurótica [...], hay que añadir ahora la ‘vertical’ entre fragmentos. [Con lo que] la metapsicología se enriquece” (Jiménez Avello, 2006, p. 179). En relación con esto resulta de gran interés lo que Ferenczi le escribe a Freud (31-V-1931) para proponerle realizar “una extensión de nuestro universo de representación metapsicológica” centrada en la atención a mecanismos psíquicos “relativamente universales” que tienen que ver con la “fragmentación y atomización de la personalidad”; Freud responde (VI-1931) expresándole su máxima consideración por una propuesta que valora como de una “factura [...] incomparable” (Freud/Ferenczi, 2000, p. 467-468). También con Groddeck (10-X-1931) compartirá estas ideas: “las escisiones, incluso las mismas atomizaciones de la personalidad, ofrecen la ocasión para un juego de resolución de enigmas, estimulante pero complicado” (Ferenczi/Groddeck, 2003, p. 56), tanto que le plantea tiempo después (3-III-1932) la necesidad de abrir “una vía hacia una comprensión más profunda de la escisión de la personalidad” (Ferenczi/Groddeck, 2003, p. 58). Estas contribuciones de Ferenczi, que sin duda anticipan las de Freud de 1938, pero también van más allá, constituyen una de las claves para esbozar la tópica que subyace a su metapsicología en ciernes (cf. Jiménez Avello, 2011, pp. 199-200)¹³.

Para concluir este apartado quisiera referirme a un elemento que está en la frontera entre lo patógeno y lo estructurante. Si bien el trauma patógeno desestructura, incluso destruye, la “mutualidad” fundante

(cf. Ferenczi, 1932, p.p. 36, 68, 69-71), se dan situaciones en que ésta también se puede reactivar en sus núcleos primarios (pp. 28-29, 36). Aquí es donde entraría a operar *Orfa*, ese conjunto de fuerzas vitales organizadoras, que nutren y protegen de la desintegración en los momentos de crisis (pp. 30, 32-33, 152-153, 170) pues su “función (...) es la revitalización y la preservación de los fragmentos (...) del *self* después de que ha ocurrido el trauma” (Smith, 1999). *Orfa* “posee *la inteligencia* suficiente para dirigir y reorganizar las tendencias psíquicas sumidas en el caos, en un último intento de salvar el psiquismo del no ser” (Acedo, 2008b, p. 99) por medio de la incitación de defensas paradójicas. Y toda esta potencialidad de inteligencia y ternura puesta al servicio de “la conservación de la vida [...] *cuente lo que cuente*” (Ferenczi, 1932, p. 32) remite a su naturaleza: es un “factor pulsional” (Ferenczi, 1930-32a, p. 301), *Orfa* es “la pulsión de vida en sentido extenso” (Acedo, 2008b, p. 102).

DINÁMICA PULSIONAL Y “MUTUALIDAD”. LA CUESTIÓN DE LA PULSIÓN DE MUERTE

Para Ferenczi lo pulsional adquiere su configuración psíquica sólo en virtud del vínculo con los otros significativos; serán las excitaciones provenientes de los objetos las que, vía introyección, se van a transformar en impulsos internos, biológicamente apuntalados, cuyos movimientos objetales nunca podrán ser considerados como indiferentes porque el objeto no es contingente. Ferenczi trata sobre cómo se transforman “en pulsiones internas las excitaciones que provienen de [los] objetos” (1926, p. 469), por lo que las pulsiones nunca se han de considerar como innatas. Para él, la pulsión se origina a partir del vínculo fundante de la subjetividad por vía, sin duda, de apuntalamiento en condiciones biológicas, pero no es este ámbito su cede originaria.

Esto implica que los vínculos “objetales” primarios han de actuar en el sentido de la creación, y posterior reforzamiento, de fuerzas vitales organizadoras que han de formar parte del dispositivo constitucional del infante. Se trata de fuerzas que se activan, en su plena potencialidad, en virtud del “apremio a la vida” que el “objeto relacional primario” (Lorenzer, 1972, p. 26) debe poner en juego dentro de la mediación intersubjetiva originaria, pasando así, por vía introyectiva, a constituirse en uno de los elementos básicos del núcleo del sistema pulsional vital. En este proceso se constata la enorme importancia del objeto, de sus movimientos de presencia/ausencia, en la instalación de la pulsión, en el paso de la originaria situación “monista” del *infans* a una situación de diferenciación pulsional. (Ferenczi, 1933, p. 32; 1934, p.162; 1930-32a, p.p.301, 312; Genovés, 2012, p.3-5; Staton, 1990, p.203).

A partir de aquí, Ferenczi introducirá una nueva dialéctica pulsional entre “pulsión de hacerse valer” y “pulsión de conciliación”, con sus correspondientes Tendencias “egoísta” y “altruista”. Ferenczi considerará que ambas pulsiones (de vida), y sus tendencias, no sólo colaboran entre sí para el mejor mantenimiento de la vida, sino que se coordinan además en un principio unificador que reconoce “ambas tendencias como existentes” (Ferenczi, 1930-32a, p. 326). Es decir, Ferenczi piensa, más que en pulsiones distintas, en variantes de la pulsión de vida con su especificidad propia en relación con cada uno de los miembros de la especie y, también, con su interactuar supraindividual respecto al conjunto. (Jiménez Avello, 2006, p.88-97)

Este conjunto de fuerzas vitales resulta el más fuerte contrapunto contra los “trasplantes extraños”, violentamente patógenos, inoculados desde el exterior por la irrupción pasional traumatizante de ciertos “objetos” externos significativos y que terminan por configurarse como pulsión de muerte.¹⁴

En consecuencia con esta lectura, sería necesario reconsiderar el “rechazo” de la pulsión de muerte por parte de Ferenczi. Al respecto, en *Thalassa* (1924) ya había expresado sus dudas sobre la primacía que Freud le concedía. Sin embargo, en sus anotaciones de agosto de 1932 se producirá un giro importante pues en ellas califica la idea de pulsión de muerte no sólo como “un error”, sino además como una idea “pesimista” y “teñida de sadismo” (cf. 1932, p. 277; 1930-32b, p. 272). Ferenczi cuestionará la posición que transforma en constitucional algo que es claramente relacional, algo que resulta de la acción devastadora de los otros significativos; considera que, si existe “un empuje interior hacia la muerte, es porque alguien o algo, ‘artificialmente’, lo implantó en el sujeto” (Jiménez Avello, 2006, p. 95).

Hay que reconocer que esto no deja de sorprender en alguien que, siguiendo a Spielrein (1912), en 1913 se había anticipado al propio Freud con la propuesta de una “tendencia de muerte” (Andreas-Salomé, 1958, p. 190) o “tendencia a la inercia” (Ferenczi, 1913, p. 77 nota 23; Talarn, 2003, p. 236; Jiménez Avello, 2006, p. 83). Es más, en escritos posteriores, entre *Thalassa* y sus anotaciones, la cuestión de la pulsión de muerte la explicará en términos de desintrincación pulsional, recurrirá a ella para dar cuenta de ciertas situaciones clínicas e incluso le servirá para repensar la construcción del psiquismo en sus diversas instancias (Ferenczi, 1926, p.p. 461-462, 467; id., 1929b; Genovés, 2012, p. 4; Jiménez Avello, 2006, p. 88).

¿Cómo explicar esto? Para Ferenczi, si hay un empuje interior de orden tanático es porque fue implantado pasionalmente desde fuera e introyectado vía mecanismos de identificación; además, una intromisión de tales características, entre otros efectos desestructurantes o directamente destructivos, puede provocar que se instale en los sujetos lo que Ferenczi denomina “voluntad de morir” (Ferenczi a Groddeck, 19-II-1923: 33; Ferenczi, 1929b, p. 87; cf. Cabré, 2009) o “voluntad de no ser” (Ferenczi, 1932, p. 71) que adquiere rasgos pulsionales tanáticos.

Entiendo que Ferenczi no estaría rechazando la idea de pulsión de muerte, sino una cierta manera freudiana de concebirla, concretamente en *Más allá del principio de placer* (cf. Freud, 1920) donde la referida pulsión se presenta como biológicamente consustancial al ser humano. Frente a eso, Ferenczi considera que la pulsión de muerte nace de otro a partir de un vínculo de carácter traumatógeno (cf. Ferenczi, 1932). Tal vez cabría afirmar que la violenta “intropresión” en juego en el despliegue de la “pasión de muerte” (Jiménez Avello, 2006, pp. 116-117) tendrá como consecuencia la instalación intrapsíquica de la pulsión de muerte.

En realidad, lo que Ferenczi pone en cuestión es fundamentalmente el innatismo, lo constitucional, de dicha pulsión, no su origen exógeno ni lo que hace a su operatividad a partir de ahí; en esta nueva perspectiva, además, lo biológico no se convierte en su última, cuando no única, *ratio*, sino que entra en el entramado relacional en el que adquiere su específico sentido.

A esta consideración habría que sumar una perspectiva en la que jugaría también un papel significativo lo filogenético y lo transgeneracional. En este sentido, “siguiendo el modelo de *Thalassa*, [aquello] que llamamos pulsión de muerte puede ser [entendido como un] residuo de las catástrofes (traumas) sufridas por la especie y transmitidas transgeneracionalmente” (Boschan, 2008). Estas “catástrofes” remiten a las situaciones intensamente adversas que, en los momentos archi-origenarios, simultáneamente dificultaron y posibilitaron las condiciones adaptativas (sociales, psíquicas y biológicas) para la hominización y la posterior humanización. El afrontamiento de tales situaciones marcó el sentido del devenir de la especie y de sus individuos no sólo dotándoles de capacidades para solventar (de manera alucinatoria, simbólica y/o real) sus posteriores activaciones, sino que también dejó restos latentes de tendencias tanáticas colectivas violentamente introyectadas en el psiquismo de la especie.¹⁵

“MUTUALIDAD” E INCONSCIENTE

En línea con lo llevado a cabo por Freud, Ferenczi continúa con la “extensión interna” (Zukerfeld, 2000, p. 44) del inconsciente en la medida que, a partir de la articulación teórico-clínica específica que gira en torno a la cuestión de la “mutualidad”, agrega otros inconscientes y/u otras dimensiones de lo inconsciente.

Detrás de estos argumentos hay, de inicio, una cuestión de fondo: el inconsciente es un resultado y no un a priori, es el efecto de la triple trama genética (filogénesis, sociogénesis y ontogénesis) de la que surge el sujeto y en la que sus dimensiones internas se configuran por la relación con otro y otros, y con el propio medio del que forma parte, implicando procesos de inclusión del inconsciente en el sujeto. El encuentro ontogénico fundante con el otro primordial, la “vivencia de satisfacción”, resulta clave para la constitución de lo que ha de ser el inconsciente. La represión originaria que sucede al momento mítico de la violencia colectiva sobre un otro originario, da cuenta de los fundamentos socio-históricos del inconsciente. Además, y en la medida en que todo esto se apuntala en las condiciones biológicas del sujeto, la mirada nos lleva a las huellas mnémicas que las catástrofes *thalassales* dejaron en el *bíos* de la especie. Por último, el coadyuvante transgeneracional que concurre como mediación clave en la transmisión de contenidos, las

más de las veces sin representación posible, que arman, dinamizan y conflictúan el inconsciente (Castillo Mendoza, 2008).

Todo esto implica una gama amplia y compleja de cuestiones puntuales que evidencian la enorme problematización de lo que se juega en la cuestión del inconsciente y de lo inconsciente. Aquí sólo apunto tres.

En primer lugar, lo que podríamos llamar la dimensión “concurrential” del inconsciente. En diversos lugares de la obra de Ferenczi se puede constatar la pertinencia de aquellas dimensiones del inconsciente que en la actualidad son caracterizadas como “bipersonal”, “relacional” o “vincular” (cf. Lyons-Ruth, 1999; Borgogno, 1999, p. 299; Gerson, 2004; Bauleo, 1997, p.p. 109, 119) y que tienen como punto de partida lo dicho sobre “diálogo de inconscientes”. Estamos ante dinámicas específicas que apuntan no sólo al hecho de que el inconsciente individual está afectado en su configuración y desarrollo por la presencia activa de otro (y de varios otros), sino de que en el vínculo mismo entre sujetos emerge una dimensión inconsciente específica que, además de afectar a los sujetos interactuantes en su entidad y en su relación, tiene una incidencia institucional a considerar (cf. Ferenczi, 1911; Montejo Alonso, 2011, p.p. 173-177).

En segundo lugar, está la cuestión del inconsciente no reprimido. A pesar de lo señalado en 1915, Freud no deja de intuir que lo reprimido no agota todo el campo del inconsciente. Así, en algún momento hablará de aquello que ha quedado “soterrado, inasequible al individuo” (1937b, p. 262). Pero tendrá que ser Ferenczi (cf. 1932) quien se aperciba de ello con mayor claridad precisamente a propósito de su resignificación de la cuestión traumática. Constata la presencia, en el aparato psíquico, de unos “trasplantes extraños” que son inaccesibles, no simbolizables y ni siquiera actuables (Cabré, 1996, 2001). Ante ello, se enfrenta con la necesidad de reconsiderar la delimitación usual del inconsciente, yendo más allá del inconsciente reprimido freudiano. Ferenczi “habla de un inconsciente escindido y disociado, inscrito concretamente en el cuerpo y en sus sensaciones y, a la vez, de un inconsciente carente de representaciones de cosa o palabra, sin nombrar e impregnado, a lo sumo, de una sensorialidad arcaica y difusa sin estructurar” (Borgogno, 1999, p. 298). Plantea, con argumentos que toma claramente de Groddeck (1923, 1917-1928), la existencia de un “inconsciente corporal” (Ferenczi, 1932, p. 281), de “una especie de inconsciente biológico” (1924, p. 373), incluso de un “Ello orgánico” (1926, p. 466), herencia filogenética cuyas “tendencias arcaicas suplantarian el funcionamiento normal del sistema en situaciones como el coito, el sueño o la enfermedad orgánica” (Acedo, 2004; cf. Ferenczi, 1924, p. 373; Freud, 1919, p. 199).

Por último, un breve apunte sobre la relación entre inconsciente y pensamiento. Ferenczi plantea cómo “en el curso del desarrollo ontogenético el aparato psíquico pasa de ser el centro de las reacciones alucinatorio-motrices a ser el órgano del pensamiento” (1910, p. 138). Este resultado requiere del acto psíquico de “la afirmación del displacer” (1926) por medio del cual se forma la función lógica del pensamiento junto a las capacidades autosimbólicas; y es aquí donde se produce “la intervención de un nuevo instrumento (...), una especie de máquina de calcular” (id. p. 460), una calculadora interna (id. p. 465, 468) que permite tramitar una variedad de procesos metapsíquicos haciendo entrar en juego las distintas vertientes de una “matemática psíquica” (id. p. 460, 469) que resultará fundamental para esa actividad, la del pensamiento, que es producto de operaciones inconscientes (cf. Ferenczi, 1920; Acedo, 2008a; Canestri y Silva, 2000). Y aquí hemos de volver a la “vivencia de satisfacción”. Señalamos que con esta vivencia se sentaban, también, los rudimentos del pensamiento los cuales requieren, añadimos ahora, del despliegue de las distintas etapas del “desarrollo del sentido de realidad” (Ferenczi, 1913) para que, entre otras cosas, termine de conformarse el aparato de pensar. Y en este proceso vuelve a ser crucial el vínculo con la “madre” en cuya mente pre-existen los contenidos de pensamiento y la potencialidad de pensar que el niño empieza a conformar en las primeras alucinaciones de su vínculo constituyente con ella (Elvira, 2011) y que se va desenvolviendo a través de las distintas fases de la omnipotencia, progresiva y dolorosamente¹⁶, declinante hasta que, en el tránsito de las “fases de introyección y proyección” (Ferenczi, 1913, p. 71; 1926, p. 463) aparece “el pensamiento consciente mediante [el lenguaje como] la más importante realización del aparato psíquico” (1913, p. 73).

CONCLUSIÓN

El “análisis mutuo” resultó claramente un experimento fallido y problemático tanto por la peculiar analizante como por el singular analista. “Ferenczi tardó [...] en darse cuenta de la naturaleza del vínculo que [le] unía [a R. N.]” (Acedo, 2008b: 114), tardó en percibir que el “atributo común” entre ambos giraba en torno a una determinada tramitación compartida de la sexualidad arcaica y la consiguiente cuestión de la culpa introyectada (cf. Ferenczi, 1932).

“Quizás esta fue la razón última por la cual se dejó arrastrar a las experiencias de análisis mutuo que, a modo de una *habitación de espejos*, reflejan la imagen del uno en el otro hasta el infinito en una relación de inconsciente a inconsciente, en un análisis sin límites” (Acedo, 2008b, p. 114).

Ahora bien, a pesar de todo ello, la experiencia tuvo su eficacia pues permitió a Ferenczi transitar, a veces intuitivamente, otras logrando esbozos más que sugerentes, hacia las implicaciones de la problemática de la “mutualidad” en su dimensión tanto clínica como, especialmente, metapsicológica. La clave de esto, sobre todo en lo que hace a la constitución intersubjetiva del psiquismo, se focaliza fundamentalmente en la tramitación intrapsíquica, introyección primaria mediante, del eje “vivencia-unidad” y en las huellas de la “mutualidad” (“atributo común”, “flujo mutuo”, “diálogo de inconscientes”, “profundidad materna”, etc.). Todo esto implica una serie de consecuencias en orden a una profunda reconsideración de lo traumático, de la cuestión pulsional (en especial de la pulsión de muerte) y de la configuración del inconsciente. Entiendo además que es a partir de aquí como pueden empezar a construirse los perfiles nítidos de la metapsicología de Ferenczi, una metapsicología que tuvo en “el momento técnico-terapéutico”, como no podía ser de otra manera, “el verdadero acicate de cualquier avance significativo en la teoría” (Ferenczi y Rank, 1924, p. 16). Ferenczi sin duda tiene muy en cuenta que “sin un especular y un teorizar metapsicológicos [...] no se da [...] un solo paso adelante” (Freud, 1937a, p. 228) y en consecuencia esboza una metapsicología que complementa el modelo clásico, construido sobre la neurosis y la primacía de la represión, con un modelo que se esboza sobre la problemática narcisista y la significación de la escisión/fragmentación y que deriva de una clínica nueva, imprevista cabría decir, que le llevan a, y le exigen, imprescindibles innovaciones técnicas.

Todas estas cuestiones (trauma, pulsión de muerte, constitución del psiquismo, significación del objeto, clínica) focalizaron la tensión entre Freud y Ferenczi a partir de 1924 hasta su punto álgido en 1932. Sobre tales focos Ferenczi siguió, con especial creatividad, realizando apuntes y esbozos en sus anotaciones de los años 30 que Freud no conoció. ¿Cuál habría sido su posición ante tales desarrollos? ¿Habría sido capaz de captar lo nuevo que Ferenczi aportaba siéndole, como él mismo declaraba, “difícil asimilar las ideas ajenas que no van por el mismo camino que las mías” (Freud a Ferenczi, 4-II-24)? ¿Se daría cuenta de que al haber compartido “una comunidad íntima de vida, sentimientos e intereses” (Freud a Ferenczi, 11-I-33) su amigo y discípulo estaba profundizando en las vetas abiertas por él y que, como parecía tener certeza, nunca abandonaría “el terreno del psicoanálisis en sus vuelos independientes” (Freud a Ferenczi, 4-II-24)? ¿O, más bien, considerando que “la teoría psicoanalítica se ha vuelto ahora más flexible a través de las actuales innovaciones de Ferenczi” (Freud a Reich, 1924: cit. Frigola, 2012) mantendría sus críticas con expresiones como “slogan”, “vía para polizones” (Freud a Ferenczi: 4-II-24) o “místico” (Freud a Ferenczi: 4-I-28) que colocaban a Ferenczi en “la isla de sueños donde habita Ud. con las criaturas de su fantasía” (Freud a Ferenczi: 12-V-1932)?

No tengo una respuesta clara, pero prefiero hacer caso al propio Freud cuando afirmaba que “la voz del conocimiento es leve, pero no se detiene hasta hacerse oír y siempre termina por conseguirlo, tras incontables [y] repetidos rechazos” (1927: 52). Si esto es así, y es cada vez más así respecto a Ferenczi, me permito parafrasearlo con la intención de afirmar la enorme significación y riqueza de las contribuciones que he intentado presentar: es preciso decir no sólo que “sin *mutualidad* no hay curación” (cf. Jiménez Avello, 2006: 239ss) sino, sobre todo y muy fundamentalmente, que “sin *mutualidad* no hay psiquismo”, ni siquiera existencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abraham, N. y Torok, M. (2005 [1987]). La corteza y el núcleo. Buenos Aires: Amorrortu.
- Acedo Manteola, C. (2008a). Sobre el origen intrapsíquico del símbolo y su proyección en la ciencia y en la tecnología. En *Intersubjetivo. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud*, Vol. 9, N° 1. Madrid: Quipú, pp. 13-32.
- (2008b). Sándor Ferenczi y Elizabeth Severn, el relato de un viaje sin retorno. En *Clínica y análisis grupal*. Vol. 30, N° 100. Madrid: Imago, pp. 95-118.
- Andreas-Salomé, L. (1984 [1958]). *Aprendiendo con Freud. Diario de un año 1912/1913*. Barcelona: Laertes.
- Arbiser, S. (2001). Grupo interno. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, N° 4. pp.97-114.
- Aulagnier, P. (1997 [1975]). La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Amorrortu.
- Balint, M. (1993 [1967]). La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión. Barcelona: Paidós.
- Bauleo, A. (1997). *Psicoanálisis y grupalidad. Reflexiones acerca de los nuevos objetos del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Benhaim, D. (2012 [2011]). Intersubjetividad y vínculo. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*. N° 6 [<http://www.intersubjetividad.com.ar>].
- Benjamin, J. (1996 [1988]). Los lazos de amor. *Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Barcelona: Paidós.
- (1997 [1995]). Sujetos iguales, objetos de amor. *Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Barcelona: Paidós.
- (2004). Más allá de la dualidad agente - paciente: una visión intersubjetiva del tercero. En: *Intersubjetivo. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud*, Vol. 6, N° 1. Madrid: Quipú, pp. 7-38.
- Bernard, M. (1999). Los organizadores del vínculo. De la pulsión al otro. *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Vol. XXII, N° 1, pp. 41-70.
- Borgogno, F. (2001 [1999]). *El psicoanálisis como recorrido*. Madrid: Síntesis.
- (2000). La 'larga onda' de la catástrofe y las 'condiciones' del cambio psíquico en el psicoanálisis de Ferenczi. En: *Intersubjetivo. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud*, Vol. 2, N° 2. Madrid: Quipú, pp. 181-194.
- Boschan, P. J. (2004). Il bambino mal accolto e i suoi sogni. En: Borgogno, F. (a cura di): *Ferenczi Oggi*. Bollati Boringhieri: Torino.
- (2008). Comunicación personal.
- Canestri, J. y Silva, O. (2000). Sobre el origen intrapsíquico de la matemática. *Aperturas Psicoanalíticas*. N° 4 [www.aperturas.org].
- Castillo Mendoza, C.A. (2008). Acerca de la configuración 'relacional-intersubjetiva' del psiquismo y sus implicaciones clínicas. *Contribuciones de Sándor Ferenczi*. En: *Intersubjetivo. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud*. Vol. 9, N° 1. Madrid: Quipú, pp. 103-128.
- (2011). Mutualidad: posibilidades metapsicológicas y clínicas de un experimento fallido. En: Boschan, P. (comp.): *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI*. Buenos Aires: Letra Viva, pp. 71-87.
- De Mijolla, A. (Dir.) (2007a [2002a]). *Diccionario internacional de psicoanálisis (I)*. Madrid: Akal.
- De Mijolla, A. (Dir.) (2007b [2002b]). *Diccionario internacional de psicoanálisis (II)*. Madrid: Akal.
- Drozek, R. (2011 [2010]). Teoría de la intersubjetividad y el dilema de la motivación intersubjetiva. *Aperturas Psicoanalíticas*. N° 37 [www.aperturas.org].
- Elvira, O. A. (2011). Sándor Ferenczi y el desarrollo de lo mental. En: Boschan, P. (comp.): *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI*. Buenos Aires: Letra Viva, pp. 99-114.
- Ferenczi, S. (1981a [1909]). Transferencia e introyección. *Psicoanálisis*. (Tomo I: pp. 99-134). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1981a [1910]). Palabras obscenas. *Contribución a la psicología en el período de latencia*. *Psicoanálisis*. (Tomo I. pp. 135-147). Madrid: Espasa-Calpe.

- (1981a [1911]). Sobre la historia del movimiento psicoanalítico”. *Psicoanálisis*. (Tomo I. pp. 177-187). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1981a [1912]). El concepto de introyección. *Psicoanálisis*. (Tomo I. pp. 217-219). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1981b [1913]). El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios. *Psicoanálisis*. (Tomo II. pp. 63-79). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1981b [1915]). Anomalías psicógenas de la fonación. *Psicoanálisis*. (Tomo II. pp. 219-223). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1984 [1920]). Matemática. *Psicoanálisis*. (Tomo IV. pp. 231-243). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1981c [1924]). Thalassa, ensayo sobre la teoría de la genitalidad. *Psicoanálisis*. (Tomo III. pp. 303-383). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1981c [1926]). El problema de la afirmación del displacer (Progresos en el conocimiento del sentido de realidad). *Psicoanálisis*. (Tomo III. pp. 457-469). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1984 [1929a]). Masculino y femenino. *Psicoanálisis*. (Tomo IV. pp. 73-83). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1984 [1929b]). El niño mal recibido y su pulsión de muerte. *Psicoanálisis*. (Tomo IV pp. 85-90). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1984 [1930]). Principio de relajación y neocatarsis. *Psicoanálisis*. (Tomo IV. pp. 91-108). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1984 [1930-32a]). Notas y fragmentos 2. *Psicoanálisis*. (Tomo IV: pp. 300-353). Madrid: Espasa-Calpe.
- (2006 [1930-32b]). Anotaciones inéditas de los años 30. En: Jiménez Avello, J. La isla de sueños de Sándor Ferenczi. Nada más que pulsión de vida. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 271-277.
- (1984 [1931]). Análisis de niños con los adultos. *Psicoanálisis*. (Tomo IV. pp. 109-124). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1988 [1932]). Diario clínico. Buenos Aires: Conjetural.
- (1984 [1933]). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. *Psicoanálisis*. (Tomo IV. pp. 139-149). Madrid: Espasa-Calpe.
- (1984 [1934]). Reflexiones sobre el traumatismo. *Psicoanálisis*. (Tomo IV. pp. 153-163). Madrid: Espasa-Calpe.
- Ferenczi, S. y Groddeck, G. (2003). Correspondencia 1921-1933. Jaén: del lunar.
- Ferenczi, S. y Rank, O. (2005 [1924]). Metas para el desarrollo del psicoanálisis. México: pe-ele.
- Frankel, J. (2008 [1998]). La teoría del trauma en Ferenczi. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. N° 11/12 pp. 243-274.
- (2002). Explorando el concepto de Ferenczi de identificación con el agresor. Su rol en el trauma, la vida cotidiana y la relación terapéutica. *Aperturas Psicoanalíticas*. N° 11 [www.aperturas.org].
- Freud, S. (1976 [1895]). Proyecto de psicología. En: *Obras Completas*. (Vol. I. pp. 323-389). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1900]). La interpretación de los sueños. En: *Obras Completas*. (Vol. V. pp. 323-389). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1911]). Formulación sobre los dos principios del acaecer psíquico. En: *Obras Completas* (Vol. XII. pp. 217-231). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1913]). La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis. En: *Obras Completas*. (Vol. XII. pp. 329-345). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1915]). Lo inconsciente. En: *Obras Completas*. (Vol. XIV. pp. 153-201). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1919]). Pegar a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. En: *Obras Completas*. (Vol. XVII. pp. 173-200). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1920]). Más allá del principio de placer. En: *Obras Completas*. (Vol. XVIII. pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1923]). El yo y el ello. En: *Obras Completas*. (Vol. XIX. pp. 1-59). Buenos Aires: Amorrortu.

- (1976 [1925]). La negación. En: *Obras Completas*. (Vol. XIX. pp. 249-257). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1927]). El porvenir de una ilusión. En: *Obras Completas*. (Vol. XXI. pp. 1-55). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1937a]). Análisis terminable e interminable. En: *Obras Completas*. (Vol. XXIII. pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976 [1937b]). Construcciones en el análisis. En: *Obras Completas*. (Vol. XXIII. pp. 255-270). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. et Ferenczi, S. (2000). *Correspondance 1920-1933*. Paris: Calmann-Lévy.
- Frigola, C. (2012). Los errores del analista: a propósito de Sandor Ferenczi y de Wilhelm Reich. *Aperturas Psicoanalíticas*. N° 41 [www.aperturas.org].
- Genovés, A. (2012). Ferenczi y la importancia del objeto. *Temas de psicoanálisis*. N° 3 [http://www.temasdepsicoanalisis.org].
- Gerson, S. (2004). El inconsciente relacional: un elemento nuclear de la intersubjetividad, la terceridad y el proceso clínico. *Aperturas Psicoanalíticas*. N° 18 [www.aperturas.org].
- Green, A. (1993 [1983]). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1996 [1995]). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2000 [1999]). Génesis y situación de los estados fronterizos. En: André, J. (dir.). *Los estados fronterizos. ¿Nuevo paradigma para el psicoanálisis?* Buenos Aires: Nueva Visión.
- Groddeck, G. (1981 [1923]). *El libro del Ello*. Madrid: Taurus.
- (1996 [1917-1928]). *Sobre Ello. El sentido de la enfermedad*. Bilbao: Iralka.
- Gutiérrez-Peláez, M. (2010). “Diferencias entre los conceptos de Splitting en Ferenczi y de Spaltung en Freud”. *Universitas Psychologica*. Vol. 9, N° 2.
- (2011). *Confusión de lenguas. Un retorno a Sandor Ferenczi*. Buenos Aires: EUEDEM.
- Hermann, I. (1972 [1943]). *L’instinct filial*. Paris: Denoël.
- Jiménez Avello, J. (2006). *La isla de sueños de Sándor Ferenczi. Nada más que pulsión de vida*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2011). Con Ferenczi, el psicoanalista en el mundo contemporáneo es otro. En: Boschan, P. (comp.). *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI*. Buenos Aires: Letra Viva, pp. 187-209.
- Jiménez Avello, J. y Genovés Candiotti, A. (1998). *Para leer a Ferenczi*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lorenzer, A. (1976 [1972]). *Bases para una teoría de la socialización*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lyons-Ruth, K. (2000 [1999]). El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional. En: *Aperturas Psicoanalíticas*. N° 4, abril [www.aperturas.org].
- Martín Cabré, L. (1994). *Freud, Ferenczi y la “madre muerta”*. Asociación Psicoanalítica de Madrid.
- (1996). Se ruega cerrar los ojos. Reflexiones sobre el papel del desmentido en la teoría psicoanalítica del trauma. En: *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*. N° extra, pp. 9-59.
- (2001). Dalla fantasia al trauma; en Bonomi, C. e Borgogno, F. (a cura di). *La catastrofe e i suoi simbolu. Il contributo di Sándor Ferenczi alla teoria psicoanalitica del trauma*. Torino: UTET, pp. 155-170.
- (2009). La voluntad de morir. En: *Revista de psicoterapia y psicósomática*. N° 71, pp. 61-74.
- (2011). De la introyección a la intropresión. Evolución de un concepto teórico y sus consecuencias en la técnica psicoanalítica. En: Boschan, P. (comp.). *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI*. Buenos Aires: Letra Viva, pp. 301-310.
- Modell, A. (1991). A confusion of Tongues or whose reality is it?. *Psychoanalytic Quaterly*. 60 (2), 227-244. [Versión castellana en línea: (sf) Confusión de lenguas ¿o de cuál realidad se trata? http://www.indepsi.cl/ferenczi/articulos/modell.htm
- Moguillansky, R. (1999). *Vínculo y relación de objeto*; Buenos Aires, Polemos.
- Montejo Alonso, J. (2011). El ‘complejo fraterno’: Ferenczi, Freud y Lacan. Análisis de la rivalidad fraterna en la familia y el grupo. En *Intersubjetivo. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud*. Vol. 11, N° 2, Época II. Madrid: Quipú, pp. 158-185.

- Rodulfo, R. (1992). Estudios clínicos. Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós.
- Sabourin, P. (1997 [1985]). Epílogo. En: Ferenczi, S. Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 283-292.
- Sechi, G. (2008). No sólo de madre: la importancia y el papel de la función paterna en el pensamiento clínico de Sándor Ferenczi. En: Intersubjetivo. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud. Vol. 9, N° 1. Madrid: Quipú, pp. 90-102.
- Smith, N. (1999). From Oedipus to Orpha: Revisiting Ferenczi and Severn's Landmark Case. American Journal of Psychoanalysis, 59(44), 345-366. En línea se encuentra una traducción al español (s.f.): Del Edipo hasta Orfa: revisitando Ferenczi y el paradigmático caso de Severn "<http://www.indepsi.cl/ferenczi>"
- Spielrein, S. (1981 [1912]). La destruction comme cause du devenir, En: Guibal, M. et Nobécourt, J. (Eds.) Sabina Spielrein, Freud et Jung. Paris: Aubiert Montaigne, pp. 213-256.
- Stanton, M. (1997 [1990]). Sándor Ferenczi. Reconsiderando la intervención activa. Santiago de Chile: Bio-Psique - Indepsi.
- Talarn, A. (2003). Sándor Ferenczi: el mejor discípulo de Freud. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Vertzman, J. y Pacheco Ferrereira, F. (2011). Introyección y ternura: Ferenczi y las relaciones afectivas precoces. En: Boschan, P. (comp.). Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI. Buenos Aires: Letra Viva, pp. 449-456
- Villamarzo, P. (2002). Sandor Ferenczi. La cuestión de las "variaciones técnicas" en psicoterapia psicoanalítica -a partir de sus nuevas concepciones educativas-. Salamanca: Universa Terra.
- Wynne, L. C., Ryckoff, I.M., Day, J. & Hirsch, S.I. (1958). Pseudomutuality in the family relations of schizophrenics. Psychiatry: Journal for the Study of Interpersonal Processes. Vol. 21, N° 2, pp. 205-220.
- Zukerfeld, R. (2000). Inconscientes y tercera tópica: articulaciones teórico-clínicas. Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis. N° 3. pp.43-52.

(*) Sociólogo, con formación en psicoanálisis. Profesor de Sociología en la Universidad Complutense. Miembro Asociado del Instituto Quipu de formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental. Miembro del Comité de Redacción de la Revista Intersubjetivo.

E-mail: carlosamauta@hotmail.com

Publicado en: Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis, N° 17, pp. 125-150, año 2013.

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a Newsletter 16-ALSF

Notas al final

1.- Entre 1930 y 1932 Ferenczi escribió un amplio conjunto de notas, a modo de diario, que hoy son conocidas bajo distintos formatos: “Notas y fragmentos” (1930-32a), Diario clínico (1932) y “Anotaciones inéditas” (1930-32b).

2.- Además, Freud añade que el “individuo auxiliador” capta “el estado del niño” a partir de su reacción motriz (llanto, pataleo) poniendo en juego la “acción específica”; al hilo de esto señala que la referida reacción del niño cobra una función “importante en extremo” pues posibilita la “comunicación” (la “comprensión”, añade la edición de Biblioteca Nueva: p. 229) entre el niño y su “objeto-deseo” (Freud, 1895, p. 362-363); “comunicación / comprensión” que quedará “incluida dentro de la acción específica” (Freud, 1895, p. 414) y, por ende, en la intersubjetividad originaria.

3.- Aunque en un sentido diferente al planteado y desarrollado aquí, no deja de ser interesante señalar que André Green, partiendo de la cuestión de la “comprensión” vinculada a la “vivencia de satisfacción”, plantea que “lo que debe resaltarse es el concepto de mutualidad” (1996, p. 28).

4.- Quisiera señalar que la intersubjetividad no ha de entenderse sólo como algo que sucede en la exterioridad sino también como realidad psíquica interna. El movimiento es el siguiente: intersubjetividad “externa”, tramitación intrapsíquica de tal intersubjetividad, huella de la “mutualidad”, esta huella posibilitará la intersubjetividad (interna-externa), inicial y especialmente, en la relación con los otros significativos. Es preciso advertir, además, que pueden darse situaciones de “mutualidad negativa” o “pseudomutualidad” (Wynne, Lyman 1958: citado en Mogueillansky, 1999, pp. 67-68) que provocan un cierre del vínculo, un cierre narcisista, que no admite ni permite el necesario movimiento de caída del eje vivencia-unidad dificultando, con ello, toda posibilidad de crecimiento y diferenciación en los sujetos.

5.- Veamos dos ejemplos de esta dimensión metapsicológica. Por un lado, el “atributo común” lo podemos ver en el presumible trauma compartido entre Freud y Ferenczi: ambos vivieron los efectos de lo que Green ha denominado “el complejo de la madre muerta” (1983, pp. 209- 238; Martín Cabré, 1994). Por otro lado, lo que implica el que tanto el hijo como la madre son deseados por el padre: “al decretar una igualdad entre el niño y la madre como objetos igualmente codiciados por su deseo la mirada del padre permitiría que este atributo común se transforme en una prueba de identidad entre estos dos sujetos” (Aulagnier, 1975, p. 152) [itálicas añadidas: CACM].

6.- Especialmente en “El niño mal recibido...” Ferenczi (1929b) da cuenta con toda claridad de “la función de los deseos y fantasías parentales en la vida mental y corporal del sujeto” (Boschan, 2008; id., 2004).

7.- “En la obra de Ferenczi la confusión de lenguas se presenta como una condición inevitable de todo hablante y, a la vez, es el traumatismo en el que se cuecen las producciones sintomáticas” (Gutiérrez Peláez, 2011, p. 106). Esta doble vertiente presupone tener presente que “Ferenczi dio cuenta de un principio que va más allá del problema específico de la seducción sexual. [Lo cual permite reposicionar] la ‘confusión de lenguas’ como el conflicto entre la construcción de la realidad del adulto y la del niño, como un conflicto que representa los diferentes deseos y necesidades de cada uno de ellos” (Modell, 1991, p. 228).

8.- Castillo Mendoza, 2008, p. 108-109; Frankel, 2008, p. 270-271; Green, 1999, p. 29-30; Martín Cabré, 1996 y 2001.

9.- La “complementariedad”, a diferencia de la “mutualidad”, implica un vínculo negativo por el cual se instalan los sujetos en una situación estructural de subordinación y de anulación de toda diferencia que dificulta los procesos de maduración e individuación (Benjamin, 1988, p. 66; 1995, p. 73-74; 2004, p. 9-10).

10.- Con este neologismo Ferenczi “intentaba articular la noción de introyección con los efectos devastadores de la violencia y de la represión parental [...] y una determinada manera de concebir la práctica analítica. [...] La introyección conlleva un efecto descalificador y desmentidor de las representaciones y pensamientos del niño, del paciente o del candidato que terminan perdiendo toda la confianza en el valor de la interpretación que ellos hacen de [su] realidad psíquica. Sus interpretaciones quedan sustituidas por la que hace el adulto, el analista o el formador” (Martín Cabré, 2011, p. 301-302). Cabría añadir que Ferenczi establece la existencia de un vínculo maligno entre introyección pulsional, identificación con el agresor, efectos de la hipnosis y represión (cf. Sabourin, 1985, p. 291-292).

11.- Ferenczi recurre a una variada gama de expresiones: “Superyó loco” (1932, p. 84), “Superyó feroz” (id., p. 117), “Superyó dañino” (id., p.p. 118, 41) o “Superyó no asimilado” (1930-32a, p. 337).

12.- Gutiérrez Peláez (2010) establece, de manera bien fundamentada, la existencia de una diferencia cualitativa entre el concepto de splitting introducido por Ferenczi (cf. 1930-32a, p. 345) y el Spaltung freudiano; considera que traducir ambos términos como escisión es un error que difumina la contribución tanto clínica como metapsicológica de Ferenczi. Considera que fragmentación o desintegración serían expresiones más correctas para traducir splitting.

13.- Considero que el Ferenczi que va desde mediados de los años 20 y hasta la conclusión de su existencia, hizo contribuciones en las que se estaría esbozando un nuevo paradigma (Green, 1999, p. 29) y que suponen aportes en relación con los desarrollos de la denominada “tercera tópica”.

14.- En “El niño mal recibido y su pulsión de muerte” (1929b) podemos ver que Ferenczi “consideraba que el florecimiento [de la pulsión] de vida requiere que el niño sea deseado por los padres y cuando éste no es el caso, [la pulsión] de vida decae para prosperar y predominar [la pulsión] de muerte sobre el deseo de vivir” (Frankel, 1998, p. 270).

15.- Ferenczi, 1924, 1929a; Borgogno, 2000; Jiménez Avello, 2006; Talarn, 2003; Villamarzo, 2002)

16.- Para Ferenczi, “el intelecto nace a partir del sufrimiento”, pero “no nace simplemente de sufrimientos ordinarios, sino sólo de un dolor traumático” (1930-32a, p. 318); asimismo consideraba que las huellas mnésicas “que han servido para efectuar el trabajo [de pensamiento] propiamente dicho” y que “permanecen ocultas o inconscientes” son “cicatrices de impresiones traumáticas” (1926, p. 468). Es decir, la alteración de lo continuo-narcisista por la irrupción frustrante de la realidad, es clave para que el pensamiento se pueda desarrollar hasta “elaborar juicios más sólidos” (id.).